

Francisco Santana

Cielo de la vida vegetal



Cubierto por el hálito terrestre de la zona
desde mi pecho se levantan las flores silves-
[tres,
desde mi entraña los árboles con savia encendida,
desde mi corazón las raíces profundas de la tierra.
Mi alma envuelta por el abrazo de los campos del sur
corre entre los ríos con su júbilo de lámpara agreste,
arde sobre las corolas con los grillos y las abejas
y se disuelve bajo el ramaje obscuro de los laureles.
Mi cabeza, desde los matorrales que caen de los cerros,
recoge el incendio virgen con su verde caudal de selva.
Bajo el imperio azul del tiempo que sobrepasa la vida
la esencia luminosa de este cauce vegetal es el olvido.
En la soledad se halla el reposo de los dioses cansados,
la gota que crece entre los barrancos y las madre selvas,
la ortiga huraña, el fruto dulce, la inflorescencia amarga.
Todo esconde la estrella viva que guardo en mi hori-
[zonte.
Aquí se halla el sueño del surco y el abandono del ser.

La luna con los animales descienden al océano del
 [hombre
 y baja el cristal del alba con el soplo tibio de la noche.
 Flota en la montaña el espejo gozoso de las frutas alegres,
 el respirar del pasto, la rama de leche, el pecho florido.
 Inclinado hacia las olas veraniegas que vienen del pasado
 bebo la simiente que el tiempo destruye bajo las piedras.
 El sol baja sangrante con el cielo de la pasión campesina
 y las aguas continúan con sus rosas blancas de cara-
 [coles.

Viento de la infancia

¡Ay cómo huir de mí cuando estoy solo!
 Con qué luz repentina o labio florido,
 con qué pluma o junco he de buscarme el alma.
 Vengo desde la sombra como un eco en la muerte
 por la atmósfera que me cubre y me arrastra,
 por la pasión y la embriaguez campesina,
 por el sol tembloroso que cae entre los cañaverales.

¡Oh viento triste de mi infancia!
 En qué aroma perdido o laurel oloroso,
 en qué amanecida he de encontrar tu savia,
 la voz oculta como un jardín para mi frente.
 Pero huye la piedra bajo el río,
 el sendero sin alas y sin girasoles.
 Se escuda la zarza y me abandona el cielo.

¡Ay cómo huir de mí cuando estoy solo!
Se va la estrella que miro en la colina,
se van las aguas ciegas con la claridad del valle.
Toda la hierba esquiva y el camino sin rostro.
¿Qué lluvia ha de blanquear mi pelo
y en qué álbum o cristal ha de guardarse?

¿Dónde siento este rumor en misterio,
este cristal de dulce espuma,
dónde el latido, la fiesta perdida,
en qué madrigal campesino o cristalino soplo,
en qué cielo o luz matinal?
¡Ay cómo huir de mí cuando estoy solo!

Del próximo libro «Símbolos terrestres»